

¿En que creen los que no creen?

ECO, Umberto, MARTINI, Carlo María.

Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2004, 166 pp.

El título de esta obra podría parecer equívoco; por un lado, ser religioso connotaría "creer", y por otro lado, "los que no creen" tendrían que creer en algo. Hace años que pienso que el término "creer" no describe bien la relación de una persona con Dios. Muy pocos santos o devotos de distintas religiones hablan de "creer". Ellos y cualquier "creyente" serio, *viven* en relación con Dios, así Dios sea una idea en sus cabezas.

Del mismo modo que no decimos: "creo en el lápiz", "creo en el mantel" o "creo en el árbol", un "creyente" no se plantea si cree en Dios. Para él, Dios, de alguna manera, es una realidad, y uno no *cree* en realidades, sino que *las vive*, las experimenta, se relaciona con ellas. Incluso las olvida, en un sentido muy heideggeriano, como olvidamos unos zapatos que llevamos puestos que son cómodos, precisamente porque son cómodos. Y si esto es así con los creyentes, ¡Qué decir de los *no creyentes*! Pero en general, para vivir una vida plena y de un modo u otro trascendente, no hace falta tener o no tener creencia religiosa. No es "lo que creen" o "lo que no creen" lo que hace a los hombres, sino como viven su relación con un posible sentido de las cosas.

La obra reseñada recoge un singular diálogo público epistolar entre el pensador Umberto Eco y el cardenal Carlo María Martini. Con ritmo trimestral fue apareciendo desde marzo de 1995 hasta marzo de 1996. Los dos interlocutores intercambiaron ocho cartas, "contestadas con admirable puntualidad" por ambos, y en el libro se recogen inclusive las fechas de cada carta.

Los temas tratados eran de tal envergadura y atrajeron tanto al público, que la discusión se amplió a otros pensadores, relacionados de alguna manera con las ideas en discusión: dos filósofos (Emanuele Severino y Manlio Sgalambro), dos periodistas (Eugenio Scalfari e Indro Montanelli) y dos políticos (Vittorio Foa y Claudio Martelli). Todos los nombrados, así como la revista *Liberal* en que fueron apareciendo las puntuales entregas de este intercambio, son italianos. Pero casi todos muestran con suma firmeza el característico *esprit fort* de los incrédulos o ateos de otras épocas, con la diferencia de que, si

en el pasado ese negarse a creer era desafiante, combativo y hasta valiente, hoy en día es tan mesurado y razonable, que luce ese particular tono cansado y de cierta elevada y anémica indiferencia intelectual que caracteriza a las discusiones europeas actuales. Excepto Montanelli, los demás participantes que "no creen", de alguna manera parecen estar insertados (no todos con gusto) en el pensamiento contemporáneo, a veces marcado por esa cosa viscosa y medio descompuesta en su indefinición que ha sido llamada *postmodernismo*. En total, constituyen ocho intercambios entre Eco y Martini, más seis intervenciones de los autores aludidos, y al final una suerte de "recapitulación" por parte de Martini.

La primera intervención es de Eco, y comienza aclarando que llamará al cardenal por su nombre ("problemas de etiqueta" a los cuales dedica dos páginas, pues en el viejo continente esas cosas son importantes). De una vez lanza el tema de la discusión a la arena sobre la cual rodará en el resto del libro: la ética. Para un lector de nuestras costas quizá caiga como una sorpresa que este libro, supuestamente sobre creencia e increencia, en realidad es un diálogo sobre ética, o mejor dicho, sobre el lugar en que nos encontramos los que creemos con los que no creen. Parece que a eso ha quedado reducido todo: a la discusión sobre ética, sobre cómo conducimos nuestras vidas, sobre las relaciones de trabajo y la basura que echamos en ríos y lagos, en esta época de miseria.

Ciertamente, quizá no era posible que creyentes e increyentes hablaran de cosas como la fe o los atributos divinos con relación a Dios, pero el reducir todo a pensar cómo podemos llevarnos mejor -que no es, empero, poca cosa- me parece que achica la creencia a su lado social, sin ver las dimensiones espirituales implicadas en la actitud religiosa. Pareciera que, tácitamente, los que aceptaron el diálogo pensaron: "No podemos hablar con estos interlocutores de creencia: no creen. Hablemos de lo que ellos y nosotros compartimos: la vida". No está mal, pero si fuera Dios, pasaría mi cuenta a otra firma publicitaria. Pues la fe religiosa, incidentalmente, también se trata de Dios, al menos en las principales religiones occidentales¹. Y aunque en este libro se habla mucho de religión y del bien, se habla muy poco de Dios.

En esta primera intervención, Eco alude a los milenarismos que hoy parecen hacer surgir la sombra sobre el mundo -sobre todo el mundo europeo- de una nueva barbarie y un Apocalipsis de destrucción nada agradable para cualquier civilización que se respete. Eco ve tal sombra como algo ominoso, ante la cual las masas de los países avanzados reaccionan cayendo "en el torbellino de un consumismo irresponsable". Ante la actitud de los fanáticos religiosos milenaristas, y la de quienes quieren olvidar todo entreteniéndose con bienestar frente al televisor, Eco pregunta si no será posible "... una noción de

esperanza (y de propia responsabilidad en relación al mañana) que pueda ser común a creyentes y no creyentes". Lógicamente, luego pregunta sobre qué basar dicha noción.

En la réplica, Martini contesta aclarando que "tras la literatura apocalíptica se hallan grupos humanos oprimidos por graves sufrimientos religiosos, sociales y políticos". Dichos grupos, no viendo salida en la acción inmediata, caen en actitudes que van desde un utopismo inerte y más o menos inofensivo, hasta un extremismo violento del cual el mundo ha tenido demasiadas tristes muestras. Sin embargo, ambos, Eco y Martini, concuerdan en que la idea del fin de los tiempos es hoy más propia del mundo laico que del mundo cristiano (al menos en el lado católico).

Pero éste reafirma la noción cristiana de que la historia tiene un sentido inmanente y trascendente, y por este último aspecto, no puede ser objeto de cálculo, sino de esperanza. Y "los acontecimientos contingentes... son el lugar ético en el que se decide el futuro metahistórico de la aventura humana". De hecho, luego dice que no se trata tanto de algo *a futuro*. Ya creyentes y no creyentes trabajan juntos comprometidos en la construcción de un mejor presente, de manera desinteresada y a su propio riesgo. Para Martini, el creyente halla en las cosas y en la vida una especie de invitación a encontrar el sentido de su existencia en el mundo; un sentido más profundo y más allá de la acción humana, por noble y admirable que esta sea.

En principio, el punto de vista del no creyente no contemplaría esta reflexión sobre algún sentido de la existencia, ni mucho menos una invitación a la duda (salvo la duda agnóstica, que al menos duda, aunque después no toma ningún camino con decisión). Para el no creyente, lo humano y el mundo serían suficiente realidad. Para el creyente, la realidad es más amplia.

En la siguiente réplica de Eco, éste aludirá al problema del origen de la vida humana, lo que nos lleva al tema del aborto (con suma fineza, Eco evita la referencia a los anticonceptivos, tema problemático por no decir "endiablado" para el cristianismo católico²). Martini recoge el difícil guante con suma elegancia, y lo lleva a lo que podría denominarse el núcleo del problema: la concepción de un ser humano debería ser "algo maravilloso, milagro natural que hay que aceptar" (estas son palabras de Eco, que Martini cita). Que no sea así indica un problema que debe ser solventado en la sociedad. Eso traslada la discusión al problema de la justicia social, tendencia ya vieja en la "nueva" iglesia católica postconciliar.

En la cuarta intervención, Eco alude al tema del celibato sacerdotal y el sacerdocio femenino (otro par de temas tabú en el

catolicismo, o mejor, "temas del *No*"). Uno podría concluir de las argumentaciones, casi convincentes, de Eco, (si el tema lo ameritara más) que las mujeres -del siglo XXI- podrían ser buenas sacerdotisas. No tengo la menor duda de ello (quizá hasta fuera mejor una *Mama* que un *Papa*), pero creo que no es un problema de tal envergadura. Me parece que en estos puntos la cuestión fe-creencia-increencia, se diluye sin seriedad. La respuesta de Martini parece aun más extraña y como jalada de los cabellos. Dice que "la iglesia no satisface expectativas, sino que celebra misterios". Creo entender que ese autor, tácitamente, aquí está diciendo que quizá un día haya cambios, pero que por ahora hay que respetar el profundo misterio de la tradición. Parecería algo gadameriano, pero no puedo evitar percibirlo con cierto humor.

Hasta ahora el diálogo era de Eco como preguntante y Martini como replicante. Pero en la intervención siguiente, es el cardenal quien inicia la pregunta, y es esta: ¿dónde encuentra el laico la luz del bien? Aquí "laico" debe entenderse no sólo como separado de la institución eclesiástica -cosa que somos el 99% y más de los católicos, sino separado de toda cosa confesional, algo que podría denominarse *arreligioso*³. Martini pregunta cuáles podrían ser los fundamentos de la acción ética de un no creyente.

De inicio, cuestiona la suficiencia de unos principios puramente humanistas. Dicha acción debe fundarse en algo absoluto, y cita a Hans Küng cuando éste dice: "solamente lo incondicionado puede obligar de manera absoluta, solamente el Absoluto puede vincular de manera absoluta". Aquí, Martini llega a un planteamiento al revés del de Kant: quiere fundar la moral en una metafísica (o en un Dios personal).

Eco contestará a este planteamiento de Martini argumentando que la ética nace "cuando los demás entran en escena", es decir, desviando la cuestión de basar la ética en algo más profundo como una metafísica, y buscando los elementos de su fundamento en lo mismo que le da su ser, el *ethos*, el modo de ser del hombre con sus semejantes. Partiendo de principios como el de la existencia de "universales semánticos" comunes a todas las culturas, afirma la posibilidad de acuerdos entre los hombres para su mutuo entendimiento, basado precisamente en la comunicación, y concluye afirmando que una ética "natural" (es decir, basada en el simple hecho de la convivencia, comunicación y acuerdos entre los hombres) puede salir al encuentro de los principios de una ética fundada sobre la fe en la trascendencia.

Y termina: "si quedan, como lógicamente quedarán, ciertos márgenes irreconciliables, no serán diferentes de los que aparecen en el

encuentro entre religiones distintas. Y en los conflictos de la fe deben prevalecer la Caridad y la Prudencia".

Hasta aquí, las intervenciones de Eco y Martini han lucido muy caballerosas, y creo que cualquier creyente promedio consideraría a Eco como un increyente muy cercano a la fe (algunos no dudo que lo considerarían creyente⁴). Pero las intervenciones que vienen a continuación son mucho más contundentes, y son todas desde el lado de la increencia. Quizá fue un poco abusivo que lanzaran a seis no creyentes más contra un solo creyente (y cardenal, además). De todas maneras, por estas seis intervenciones de "Coro" ya vale la pena adquirir el libro, especialmente porque exponen el modo como estos seis pensadores conciben su modo de no creer.

Para Emanuele Severino, enraizado en "la filosofía contemporánea" (de la cual, de paso, dice que Eco esta todavía muy lejos), en nuestra civilización, la ética posee el carácter de la técnica, y ésta "supone el ocaso de toda buena fe". Esta "buena fe" es algo subjetivo, y aunque tratemos de atarla a una "verdad incontrovertible a la que aspira la tradición filosófica", sucede que tal verdad no existe, y al final la ética queda basada en una "buena" fe, en conjeturas, en tesis de sentido común (todo lo cual, para él, evidentemente no es suficiente).

Llega a decirnos esto basado en la "fuerza *invencible*" de la filosofía contemporánea, la cual "niega cualquier noción común y universal" y está consciente "de que no puede existir ninguna verdad distinta del devenir, o sea, del propio atropello de toda verdad". Algo parecido dijo Heráclito hace dos mil quinientos años, y sin embargo, gracias a Dios, se ha seguido haciendo filosofía.

De modo que, a pesar de esa "esencia profunda y profundamente oculta, y sin embargo absolutamente invencible" de esa fe en el devenir en la cual tanto parece "creer" Severino, al menos se puede decir, sin ser postmoderno, que no parece que haya algo en filosofía o en cualquier ciencia que sea "invencible", y mucho menos ese devenir iconoclasta. En realidad, es difícil que llegue cerca de la verdad quien afirma la muerte de la verdad.

Manlio Sgalambro, por su parte, dice que "el bien no puede fundarse en un Dios homicida". Para él, *hacer el bien* es negar a Dios, querer ir en contra de él, concebido un tanto como *Deus sive natura*. En efecto, si hemos sido puestos en el mundo como mortales y posibles sufrientes, y si querer el bien de los otros es querer que no mueran o no sufran, entonces, querer el bien es estar contra las reglas del universo, o de Dios. El punto de Sgalambro es breve y simple, pero poderoso y no carente de sentido. Recuerda un poco al de Camus en *La Peste*

Eugenio Scalfari nos habla de confiar en nuestro propio instinto como humanos para actuar moralmente. Esto suena mucho a un "humanismo"⁵ que sigue no sólo un impulso ético sino social, y de hecho, el autor es terminante cuando dice que "Cuando la reflexión modifica su óptica y sus objetivos, ello sucede siempre por la presión de las necesidades de los hombres, los cuales están hoy en día más concentrados en los problemas de la convivencia que en los de la trascendencia." Un punto sólido tiene este autor cuando cuestiona este buscar un fundamento trascendente para la ética, si más bien la ética cristiana, que poseía ese fundamento, muchas veces no sirvió en el pasado.

Es verdad que ya la iglesia se arrepintió de sus crímenes en tal y cual siglo, pero justo cuando empezamos a ver mejor en cuestiones éticas es cuando las estamos sacando de esos famosos fundamentos absolutos necesarios. Por otro lado, este autor es un poco inexacto en sus datos (o simplemente imprudente en sus prejuicios), pero en general, su tesis es plausible, aunque nada nueva ni original.

Indro Montanelli, consagrado escritor, es quizá el de más avanzada edad de quienes escriben en esta obra. Es un ateo de la vieja escuela, y pueden detectarse en él ciertos arranques de anticlericalismo perjudicado, pero moderado. Al mismo tiempo, me parece que es el único que toca problemas de fondo en la fe, como el de la gracia. La intervención de Montanelli tiene, además, el mérito de un testimonio personal: siente la falta de fe (que es, a fin de cuentas, y teológicamente, un don de la gracia) como "una profunda injusticia que priva a mi vida, ahora que ha llegado el momento de rendir cuentas, de cualquier sentido.

Si mi destino es cerrar los ojos sin haber sabido de donde vengo, a donde voy y qué he venido a hacer aquí, más me valía no haberlos abierto nunca." ¿Qué contestar a una queja tan justa? Humildemente pienso en la voluntad (decir sí a Dios es también un acto de voluntad. Creer empieza por *querer* creer).

Pero además, que yo sepa, nadie *sabe* de donde viene ni adonde va ni que ha venido a hacer aquí. *Pensamos* al respecto contenidos con los cuales construimos nuestra vida, *en un sentido, en una esperanza*. Si *supiéramos* esas cosas antes dichas, no haría falta, de comienzo, *creer*. Creemos y confiamos porque no vemos ni sabemos. Y más que la razón (Cfr. Tertuliano: *Credo quia absurdum est*), nos ayuda en esta creencia la voluntad.

Vittorio Foa pone el fundamento de su ética en el modo como se vive en el mundo. Comienza su intervención preguntando: "los creyentes, ¿están tan convencidos de creer? Y los no creyentes, ¿están

tan seguros de no creer?" Este es un punto sólido, porque, como dice este autor, los confines de estas cosas son inciertos, y como decía un guión de Morris West, "el verdadero creyente siempre duda". La cuestión no estaría tanto entonces entre creer o no creer, sino sobre el modo de creer o no creer. Para él, el problema de la diferencia y el altruismo son claves en la comprensión de una ética (sobre todo hoy). El asunto no es buscar más seguridad ante el otro, sino como "vivir la inseguridad en el respeto recíproco sin la ansiedad de la autodefensa."

El siguiente interlocutor, Claudio Martelli, también establece un punto sólido cuando hace referencia a que creyentes y no creyentes no constituyen elementos o entes separados en una realidad, sino juntos y convivientes. Por lo tanto, están abocados a una vida común, y ello le lleva a afirmar que los campos entre uno y otro grupo están interconectados.

Así como los "no creyentes" poseen creencias (en las ciencias, en la medicina, en la carrera, etc.) Los cristianos siguen una tendencia a la absolutez, también en asuntos éticos, que a la larga no ayuda a un entendimiento no ya con quienes no tienen ese fundamento religioso, sino con quienes plantean fundamentos menos absolutos por principio. Dice Martelli: "... podría resultar que la falta de valores morales absolutos, no negociables, y que por ello han de seguirse incondicionalmente, fuera lo que explicara la tolerancia y la renuncia a la coacción de los demás." El autor reconoce que del cristianismo ilustrado surgió un humanismo liberal, y la tendencia a la negociabilidad concomitante con un espíritu de convivencia y tolerancia.

Pero, ya habiendo trascendido la idea de las relaciones humanas su base religiosa, la creencia no haría falta (de hecho, podría obstaculizar dichas relaciones).

Termina la obra con una "recapitulación" a cargo de Martini. El título del capítulo (*La ética, sin embargo, precisa de la verdad*) es un poco sorpresivo, habida cuenta de lo que han dicho los demás autores. Martini, humilde, reconoce que todo lo planteado por cada parte sigue siendo resultado de "unas inadecuadas ideas acerca del mal ... unidas a unas insuficientes ideas acerca del bien", y denuncia "cierto clima de fácil optimismo, según el cual las cosas se van arreglando por sí mismas" que "enmascara el dramatismo de la presencia del mal" y "apaga el sentido de la vida moral como lucha, combate, tensión agónica", y llama, a mi juicio de una manera certera a tener cuidado con infravalorar "el elemento dramático inherente a la vida ética". Tratar de concluir sobre puntos tan diferentes no le debe haber resultado fácil a Martini (ni a cualquiera).

Es de admirar, a lo largo de toda esta obra, el estilo prudente, el nivel de las intervenciones, y la altura en el tono de la discusión. Ya pudieran nuestros intelectuales venezolanos tomar lección de estos ocho interlocutores.

Luis Vivanco Saavedra

Universidad del Zulia - Venezuela